

La pintura malagueña en el siglo XIX

En el contexto artístico nacional, el malagueño fue uno de los núcleos más destacados. Los pintores locales se vieron favorecidos por la buena situación económica de la oligarquía y la clase media, que apoyaron la enseñanza de las artes y mantuvieron una gran demanda comercial. Pero no puede entenderse el desarrollo de la pintura malagueña sin la Escuela de Bellas Artes de la ciudad, dependiente de la Academia de Bellas Artes de San Telmo. Ésta se fundó, junto con otras doce en España -todas filiales de la Central de San Fernando- por un Real Decreto de 1849. El objetivo, a nivel nacional, era reorganizar la docencia artística, con vistas a formar un personal especializado en artes industriales. La Academia inauguró su Escuela en enero de 1851, en el antiguo Colegio de San Telmo, en la Plaza de la Constitución; en su primera fase, comenzó impartiendo asignaturas centradas en el dibujo, más una de modelado y vaciado de adornos. El alumnado era adulto, personal artesano y obrero que acudía a perfeccionar sus oficios. Progresivamente, aumentó el interés por impartir enseñanzas más puramente artísticas; el nombramiento en 1868 del valenciano Bernardo Ferrándiz como catedrático de Pintura supuso un impulso definitivo en esa dirección, pues en poco tiempo fue conformando a su alrededor un pujante grupo de jóvenes pintores. Un Real Decreto de 1892 separó a la Escuela de la Academia, pasando a depender del Rector de la Universidad de Granada; finalmente, por otro R.D. de 1900, la docencia adquiriría de nuevo un giro artesanal.

Antes de Ferrándiz, podría considerarse a **Carlos de Haes** (1826-1868) como el primer maestro de los pintores malagueños. Haes, el iniciador del paisajismo español moderno, vivió en Málaga entre 1835 y 1850 (por motivos laborales de su padre); marchó a Bélgica durante cinco años y volvió durante unos meses. Las evocaciones del paisaje de la provincia son muy significativas en su obra, que mezcla técnicas realistas con conceptos románticos. Como catedrático en la Escuela de San Fernando de Madrid, contó con varios alumnos malagueños, entre los cuales el más destacado fue Emilio Ocón.



Bernardo Ferrándiz y Bádenes (1835-1885) revolucionó el panorama de la pintura y de su enseñanza en Málaga. Valenciano formado en su ciudad natal y en París, amigo y devoto de Mariano Fortuny, desde su llegada en 1868 como catedrático, luchó por imponer su visión de las cosas. Como docente dejó una decisiva huella en sus alumnos; y cuando fue nombrado director de la Escuela de Bellas Artes, reestructuró el plan de estudios para su equiparación a las Escuelas Superiores. También propició el respeto y la valoración del arte por parte de la sociedad malagueña, lo que se tradujo en el desarrollo del coleccionismo local y en el apoyo y fomento prestado por las

instituciones (sosteniendo asignaturas, convocando becas y premios, organizando exposiciones, adquiriendo obras para sus fondos).

Prácticamente, a él se debe la orientación adoptada por los artistas malagueños, en los que predominó el llamado “realismo burgués” o un fortunismo comercial, incluyendo el género de las “casacas”. Ferrándiz, que había estado en París en 1860, no se adhirió, desde luego, al Realismo de Courbet, Daumier, Millet o Manet, sino al de Meissonier. Se trataba de hacer un uso superficial de la técnica realista para dar verosimilitud a las escenas representadas (objetivismo, luminismo, preciosismo, exactitud de los detalles, instantaneidad), pero sin incurrir en ninguna provocación moral y olvidando el compromiso social. Había que adaptarse a los gustos del mercado, que estaba compuesto por clases medias burguesas o por las instituciones oficiales. De acuerdo con dichos gustos, la pintura malagueña de la época –como la mayor parte de la pintura española- se dedicó fundamentalmente al género de costumbres, dando cabida a personajes y escenas populares (ya cotidianas, ya festivas), desde una óptica ligera y amable; puede hablarse en muchos casos, también, de intención nacionalista o regionalista en ciertas ambientaciones e iconografías. No se descuidó el retrato, el paisaje o la naturaleza muerta, ni tampoco la Pintura de Historia, ejecutada desde el respeto al Academicismo.



Antonio Muñoz Degrain (1841-1924), también valenciano, se vinculó a Málaga mediante Ferrándiz, que lo trajo como docente a la Escuela de Bellas Artes en 1870 (donde ejerció su labor intermitentemente hasta 1895). Aquí consolidó su estilo, un eclecticismo en el que sobresale el empuje realista, haciendo gala de un excelente dibujo y composición. Su vena romántica y

literaria fue creciendo a lo largo de su carrera, convirtiéndose en distintivos de su obra el dramatismo, la teatralidad, el sentido de lo grandioso, la emoción, la poesía y el misterio. Cultivó los temas históricos, literarios y religiosos, así como el paisaje y el “casaconismo”. Fue profesor en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, donde llegó a dar clase a Picasso, de cuyo padre era amigo. También estuvo en Roma, Venecia, Oriente Medio, Granada, Marruecos..., pero siempre volvió a Málaga, ciudad en la que moriría. Gracias a él y a Carlos de Haes se inició en Málaga la senda del paisajismo.

Denis, Ocón y Martínez de la Vega ya ejercían como pintores cuando en 1868 llega a Málaga Ferrándiz. Los tres, como profesores en la Escuela, fueron transmisores de la estética de sus maestros (Haes, Ferrándiz y Muñoz Degrain) y los responsables de la consolidación de distintas líneas, estéticas e iconográficas practicadas por sus alumnos, protagonistas de la pintura en Málaga en el último tercio del siglo XIX y principios del XX.

José Denis Belgrano (1844-1917) partió del romanticismo y acabó siendo el más genuino representante del realismo burgués “fortunysta”, aunque más esencial y puro en sus retratos y paisajes. Una de sus facetas menos conocidas es la de decorador de buena parte de los inmuebles de la oligarquía y burguesía malagueña, faceta en la que alcanza una calidad muy superior a la de sus contemporáneos.



Emilio Ocón y Rivas (1845-1904) fue alumno de Haes entre 1863 y 1867, así como, gracias a una beca de la Diputación de Málaga, del belga Cleiss, en los Países Bajos. Establecido en Málaga, desde su estudio frente al puerto se dedicó a reflejar las vistas de la ciudad y su bahía, o sus rincones

portuarios. Sus presupuestos eran tardorrománticos, pues en sus paisajes tienen cabida la anécdota, la emoción y el sentimiento, desde una perspectiva decorativa y amable; paulatinamente, sin embargo, irá imponiéndose la traducción directa de lo contemplado. Fue el único profesor que creó escuela, la de los marinistas malagueños del siglo XIX.

José Martínez de la Vega (1846-1905), almeriense formado en Madrid y finalmente docente en Málaga, de la que ya nunca salió, tanteó varios estilos y géneros: el costumbrismo realista de correcta factura, el historicismo comprometido con el liberalismo político, el orientalismo, el fortunismo... Personalidad peculiar, desde 1887 hasta su muerte se sumerge en la depresión, el alcohol y la droga, dando a luz obras que parecen bordear la modernidad “fin de siglo” con sus mujeres decadentes, sus Cristos y Vírgenes simbolistas, realizados con pasteles vaporosos y con una reducida paleta de rosas y azules.

Otros pintores importantes de la época en Málaga fueron los siguientes:

Enrique Simonet Lombardo (1866-1927), también nacido en Valencia, pero formado en Málaga. Pensionado en Roma, el estudio de la pintura renacentista influyó en su obra; a su vuelta, se estableció en Madrid como catedrático de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Como pintor de historia, sus mayores éxitos los cosechó con la temática religiosa, aunque igualmente estimables son sus obras realistas, las escenas de género, el tema africano (“Azotea de Tánger”) y el retrato.

Serafín Martínez del Rincón (1840-1892), palentino, fue también profesor en la Escuela de Bellas Artes, y encabeza en cierto modo una línea diferente a la de Ferrándiz y Muñoz Degraín. Fue discípulo suyo Horacio Lengo Martínez (1840-1890), de Torremolinos, que trabajó en París y se dedicó al retrato y a la representación de flores y aves. El sevillano José Murillo Bracho (1827-1882), profesor en la Escuela, se dedicó al género floral, y el malagueño Manuel Criado Baca (1839-1899) al paisaje.

Dentro de la “ortodoxia malagueña”, deben citarse a **Leoncio Talavera** (1851-1878),

FUNDACIÓN PICASSO

MUSEO CASA NATAL · AYUNTAMIENTO DE MÁLAGA

Pedro Sáenz (1863-1927), **José Nogales Sevilla** (1860-1939) y **José Moreno Carbonero** (1858-1942). Éste último es el más destacable; artista precoz, amplió estudios en Sevilla, Roma y París, donde fue discípulo de Gêrome; dueño de una técnica impecable, partió del costumbrismo realista para inclinarse después por el género literario (escenas de El Quijote) y los asuntos históricos, sumándose finalmente al retrato realista.

Algunos artistas menores que pueden recordarse son Antonio Maqueda, Emilio Herrera Velasco, José Blanco Coris, los hermanos Félix y Pedro Iniesta Soto, José Fernández Alvarado, José Ponce Puente y José Ruiz Blasco, el padre de Picasso.